

que tenía una enfermedad para la cual no hay remedio ninguno en la medicina; una enfermedad de alma y de imaginación. El médico se fué, y no volví a verle.

Sin embargo, tan malo me sentí al día siguiente que principié á buscar en mi memoria de quien podría esperar algún socorro si empeoraba. Naturalmente me acordé de la pobre familia en la Margellina, en medio de la cual vivía todavía por el pensamiento: envié á un chico que me servía á buscar á Andrés para que le dijera que el mas jóven de los dos estrangeros que conocía estaba enfermo y deseaba verle.

Cuando el muchacho llevó el mensaje, Andrés se hallaba en la mar con Beppino, y la abuela estaba vendiendo peces en el muelle de Chiaja. Solo Graziella estaba en casa con sus hermanitos, pero al punto los dejó encomendados á una vecina; se vistió con su traje mas nuevo de prociatana, y siguió al muchacho que le enseñó la calle y el viejo convento, y que la precedió en la escalera de mi habitación.

Oí que llamaban suavemente á la puerta de mi cuarto. La puerta se abrió como impelida por una mano inevitable y vi entrar á Graziella, que al distinguirme lanzó un grito, dió algunos pasos hacia mi lecho, y por fin deteniéndose, con las manos entrelazadas y colgando sobre su delante, y con la cabeza inclinada sobre su hombro izquierdo en actitud compasiva, exclamó en voz baja:

— ¿Qué pálido está! Cómo en tan pocos días, ha podido cambiar así de rostro? y dónde está su amigo? añadió volviéndose y buscando con los ojos por el cuarto á mi compañero.

— Se ha marchado, dije, y me halló solo y sin ningún conocimiento en Nápoles.

— Se ha marchado, repetió, dejándose enfermo y solo; tan poco os estimaba? Ah! Yo en su lugar no me habría marchado, y sin embargo no soy hermana vuestra, y os conozco solamente desde el día de la tempestad.

Yo la respondí que cuando mi amigo se marchó todavía no había caído malo.

— Pero, repuso vivamente y en un tono de reconvencción tierno y sosegado á la vez, cómo no habeis pensado que teniais otros amigos en la Margellina? Ah! ya lo veo, añadió tristemente contemplando el traje que llevaba; eso es que somos pobres y que os habriamos avergonzado entrando en esta casa. No importa, prosiguió enjugándose los ojos que había tenido fijos en mi frente y en mis desfallecidos brazos, aun cuando se nos hubiera despreciado no por eso habriamos dejado de venir.

— Pobre Graziella! respondí sonriendo, no permita Dios que nunca me avergüenze de aquellos que me aman.

Graziella se sentó en una silla á la cabecera de la cama y conversamos un rato.

El sonido de su voz, la serenidad de sus ojos, el abandono sereno y confiado de su actitud, la sencillez de su fisonomía, el acento cortado y lastimero á la vez de las mujeres de las islas, que recuerda como en Oriente, el tono sumiso de la esclava aun en medio de las palpitaciones del amor, por último el recuerdo de aquellos hermosos días de la cabana que había pasado al sol en su compañía, aquellos soles de Prócida cuyo ardor me parecía que se reflejaba aun sobre su frente en medio de mi sombrío cuarto, todo esto reunido, mientras la miraba y la estaba escuchando, me aliviaba de tal modo que me creí súbitamente curado. Parecíame que en cuanto ella se fuera me podría levantar y andar; pero sin embargo tanto bien me causaba su presencia que prolongaba la conversación lo mas que podía, y la hacia estar allí bajo mil pretextos, temiendo que si se iba demasiado pronto se

pleyase el bienestar que entonces experimentaba.

Una parte del día me estuvo sirviendo sin temer, sin reserva afectada y sin pudor fingido, como una hermana sirve á un hermano, sin pensar que es un hombre. Me fué á comprar naranjas y mordía la cáscara con sus hermosos dientes para mondarla y esprimir el zumo en mi vaso. Se quitó del cuello una medallita de plata que llevaba oculta en su pecho pendiente de un cordón negro, y la prendió con un alfiler en las blancas colgaduras de mi cama, asegurándome que bien luego me curaría por la virtud de la santa imagen. Por último, cuando empezaba á caer la tarde me dejó, no sin volver veinte veces de la puerta á mi cama para preguntarme si quería algo mas, y para suplicarme que antes de dormirme rezase con mucha devoción á la imagen que me dejaba allí colgada.

Fuera por la virtud de la imagen y por las súplicas que sin duda la dirigía el jóven, ó fuera por la calmante influencia de aquella aparición de ternura y de interés que había tenido bajo la figura de Graziella, ó bien por la encantadora distracción que su presencia y su conversacion me habian proporcionado, lo cierto es que en cuanto se marchó me dormí con un sueño sosegado y profundo.

Al día siguiente, cuando me desperté, al ver las cáscaras de naranja que estaban diseminadas por mi cuarto, la silla de Graziella vuelta hacia mi cama como si acabase de dejarla, y debiese volver á sentarse en ella; al ver la medallita suspendida en las colgaduras por medio del cordón de seda negro, y todas las huellas de la presencia y de los cuidados femeninos de que carecía hacia tanto tiempo, me pareció al pronto que mi madre ó una de mis hermanas había entrado la noche antes en mi aposento. Solo al abrir los ojos enteramente, y al recordar mis pensamientos uno á uno, se me apareció la figura de Graziella tal como el día antes la había visto.

El sol era tan puro, el descanso había fortificado tanto mis miembros, me hacia tanto daño la soledad, y deseaba hasta tal punto volver á oír el sonido de una voz conocida, que me levanté inmediatamente, á pesar de mi debilidad, me comí lo que quedaba de las naranjas, subí á un *corricolo* de alquiler, y me dirigí intuitivamente por el lado de la Margellina.

Llegado á la puerta de la casta baja de Andrés, subí la escalera que conducía á la plataforma encima de la cuevadonde estaban los cuartos de la familia. Encontré en el atrio á Graziella con la abuela, el viejo pescador, Beppino y los niños, que estaban disponiéndose para salir á verme, adornados con sus mas bellos trajes. Cada uno de ellos llevaba en una cestita, en la mano ó en un pañuelo, un regalo para mí de lo que aquellas pobres jentes habían imaginado que podía ser mas agradable ó saludable para un enfermo: todo ello consistía en una botellita de vino dorado de Ischia, tapado con romero y yerbas aromáticas, unos bigos y otras varias frutas: los niños iban cargados de naranjas. Graziella había comunicado á todos los miembros de la familia sus sentimientos.

Al verme aparecer allí pálido y débil aunque de pié y risueño, todos lanzaron un grito de sorpresa. Graziella dejó caer al suelo las frutas que llevaba en su delante, y dando palmadas corrió hacia mí exclamando:

— Lo dije, que la imagen os curaría con tal de que pasase una sola noche sobre vuestro lecho: os he engañado?

Yo quise devolverle la imagen, y para ello la saqué de mi pecho en donde la puse al salir de casa: Graziella me dijo: «Besada» La besé antes, tocando tambien con mis labios

la punta de sus dedos, que me había tendido para recibirla.

— Si volvéis á caer malo os la daré de nuevo, añadió cogándosela al cuello y deslizando en su seno, nos servirá á los dos.

Nos sentamos en la azotea, al sol de la mañana. Todos tenían el aire tan alegre como si hubiesen recobrado un hermano ó un niño que vuelve de un largo viaje. El tiempo que es tan necesario para la formación de las amistades íntimas en las altas clases, no lo es en las clases inferiores. Los corazones se abren sin desconfianza, para ellos no hay ningún interés oculto en los sentimientos: mas parentesco de alma se forma en ocho días entre los hombres de la naturaleza que en diez años entre los hombres de la sociedad; por eso era yo entonces un miembro de aquella familia.

Nos informamos recíprocamente de lo que nos había sobreenvenido desde que nos hallábamos separados. La pobre casa del pescador había prosperado gracias á la bendita barca. La pesca era tan abundante que las redes no podían con lo que sacaban. La abuela no bastaba para la venta de la pesca; Beppino fuerte y valeroso, valia tanto como un marino de veinte años aunque solo acababa de cumplir los doce, y por último Graziella estaba aprendiendo un oficio superior á la humilde profesion de su familia. Su salario, elevado ya para el trabajo de una jóven, y que se aumentaría mas aun en lo sucesivo, bastaba para vestir y alimentar á sus hermanitos, y para dotarse á sí misma para cuando estuviera en edad y se hallase en ánimo de casarse.

Así decían sus padres. Su oficio consistía en trabajar el coral, cuyo comercio y manufactura formaban entonces la riqueza principal de la industria de las ciudades de la costa de Italia. Uno de los tíos de Graziella, hermano de la madre que había perdido, era capataz de la mejor fábrica de coral que había en Nápoles. Rico por su estado, y dirigiendo un crecido número de obreros de ambos sexos, que sin embargo no bastaban para satisfacer los pedidos de este objeto de lujo que llovian de toda Europa, había pensado en su sobrina, y había ido algunos días antes para llevarla el coral y los instrumentos, dándole las primeras lecciones de ese sencillito trabajo. Las demas obreras trabajaban en común en la manufactura, pero Graziella ejercía su oficio en casa, porque la ausencia continua y forzosa del pescador la había constituido en guarda de sus hermanitos. Su tío que no podía ausentarse á menudo, enviaba á la jóven su hijo mayor, primo de Graziella, de veinte años de edad modesto y verno trabajador, pero pobre de espíritu, raquítico y algun tanto contrahecho: todas las tardes despues de que cerraba la fábrica, iba á examinar el trabajo de su prima, á perfeccionarla en el oficio, y á darle tambien las primeras lecciones de leer, de escribir y de cuentas.

— Creo que esto será bueno para los dos; quien sabe si la discípula se volverá la mujer del maestro! me dijo en voz baja la abuela mientras Graziella había vuelto los ojos á otro lado. En esto conocí que la pobre anciana ocultaba en su mente un pensamiento de orgullo y ambición con respecto á su nieta; pero Graziella no lo notaba.

La jóven me llevó de la mano á su cuarto para que admirase las obreras de coral que había torneado y pulimentado, y que se hallaban muy bien colocadas entre capas de algodon en unos cartoncitos que los pies de su cama. Despues de haberlas visto, quise labrar un poco delante de mí: yo daba vueltas á la rueda del pequeño torno con un pié, mientras ella presentaba la rama roja del coral á los dientes de la sierra circular que la cortaba rechinando; despues redon-

deaba los pedazos, sujeciéndolos con las puntas de los dedos y gastándolos en la piedra.

Un polvo de color de rosa cubría sus manos, el cual volando á veces hasta su rostro, polvoreaba sus mejillas y sus labios de una tinta ligera que daba á sus ojos un color azul mas esplendente y pronunciado. Enjugóse el rostro sonriendo, y sacudió sus negros cabellos cuyo polvo me cubrió á mi vez.

— No es este un buen estado para una jóven de la mar como yo? Todo se lo debemos á la mar; desde la barca de mi abuela y el pan que comemos hasta estos dólares y pendientes que acaso me adornarán un día, cuando haya ya hecho muchos para otras mujeres mas ricas y hermosas.

Así se pasó la mañana conversando y trabajando, sin que me viniese la idea de marcharme. A las doce me puse á comer con la familia: el sol, el aire libre, la satisfacción de ánimo y la fragilidad de la mesa, á la cual solo se sacó un poco de pescado frito y frutas conservadas en la cueva, me devolvieron las fuerzas y el apetito. Despues de comer me puse á ayudar al viejo pescador á remendar una red estendida sobre el *astrico*.

Graziella meneando á compas la ruedecilla de su torno, el ruido que hacia la abuela hilando y las voces de los niños que jugaban con naranjas á la puerta de la casa, acompañaban melodiosamente nuestro trabajo. Graziella salía á sacudir sus cabellos al balcón, y nos dirigíamos una mirada, con una palabra amistosa y una sonrisa. Yo me hallaba contento sin saber porqué, hasta el fondo del alma. Envidiaba las plantas que crecían en el cercado del jardín y á los lagartos que se calentaban al sol junto á nosotros, y que habitaban con aquella pobre familia las grietas de las paredes de la casa.

Mi alma y mi rostro se entristecían á medida que la luz iba declinando. Sentía que me empeoraba al pensar que debia volver á mi aposento de viajero. Graziella lo notó, y al instante se fué á su abuela y la dijo algunas palabras al oído.

— Porqué os habeis de marchar de aquí? me dijo la anciana en el mismo tono que si hubiese hablado con uno de sus hijos. No vivimos juntos en Prócida? Pues lo mismo podemos hacer en Nápoles. Pareceis un pajarillo que ha perdido á su madre y que anda rodando por los nidos; habitad aquí en el nuestro, si os parece bastante bueno para un *caballero* como sois. La casa no tiene mas que tres cuartos, pero Beppino se acuesta en la barca; Graziella se metará en el de los niños, con tal que de día pueda trabajar en donde pasará la noche. Así esperaréis la vuelta de vuestro amigo, porque es muy triste ver á un jóven tan bueno como vos, que anda rodando por las calles de Nápoles.

El pescador, Beppino y aun los niños que querían ya al estranjero, se regocijaron con la idea de la abuela, é insistieron todos vivamente para que aceptase aquel ofrecimiento. Graziella nada dijo, pero esperaba mi respuesta con una ansiedad visible, aunque velada por una finida distracción; á todas las discretas razones que yo oponía para no aceptar, ella pegaba en el suelo con el pié por un movimiento involuntario y convulsivo.

Al cabo alcé la vista para mirarla, y vi que sus ojos estaban mas húmedos y brillantes que de costumbre, al mismo tiempo que rompía con sus dedos una por una las ramitas de una planta de abacaba que vejetaba en uno de los liestos de la ventana. Esta ademán era mas elocuente que muchos discursos; acepté la mancomunidad de vida que me ofrecían, y Graziella dando palmadas se fué á su cuarto sal-

tando y sin volver los ojos, como si hubiese querido cojerme la palabra, sin darme tiempo para retractarme.

Graziella llamó á Beppino, y en un instante su hermana y ella se llevaron al cuarto de los niños su cama, sus pobres muebles, su espejito con marco pintado, la lámpara de cobre, las dos ó tres imágenes de la Virgen, colgadas con alfileres á las paredes, la mesa y el torno en que trabajaba el coral; sacaron agua del pozo, regaron el suelo con la mano, barrieron cuidadosamente el polvo del coral, sacudiendo tambien las paredes, y por último, pusieron en el poyo de la ventana dos hermosos tiestos de reseda, los mejores que hallaron en la casa. No habrían arreglado con mas esmero la alcoba nupcial si Beppo hubiese debido llevar aquella noche á su desposada á la casa de su padre. Yo les ayudé en estos preparativos que para todos nosotros eran una fiesta.

Cuando se halló todo dispuesto, me llevé á Beppino y al viejo pescador para hacerme con los pocos muebles que necesitaba. Compré una cama de hierro completa, una mesa blanca de madera, diez sillas de paja, un brasero de cobre donde encienden huesos de aceituna en las noches de invierno para calentarse, y lo demás vino en mi cofre que mandé á buscar á mi posada: no quería perder ni una hora de aquella vida dichosa que me proporcionaba como una nueva familia. En efecto, aquella misma noche me acosté en mi nueva vivienda, y no me desperté sino con el ruido alegre de las golondrinas que entraban en mi cuarto por un vidrio roto que había en mi ventana, y con la voz de Graziella que cantaba en el cuarto de al lado acompañándose con el uniforme movimiento de su torno.

Abri la ventana que daba á unos jardincitos de pescador y de lavanderas encajonados en la roca del monte Paustippo y en la plaza de la Margellina. En aquellos jardines de gente pobre no se distinguía por el lado de la casa mas que algunas pequeñas norias que andaban movidas por un asno, y de las cuales se sacaba el agua que se necesitaba para regar las legumbres, viéndose tambien algunas mujeres tendiendo ropa á secar en unas sogas cruzadas entre los limoneros y algunos niños en camisa jugando y llorando sobre las azoteas de dos ó tres casitas blancas esparcidas en los jardines. Esta vista tan limitada, tan vulgar y tan livida de los arrabales de una ciudad populosa me pareció magnífica en comparacion de las altas fachadas, de las callejuelas y de la estrechísima muchedumbre de los barrios de donde yo salía. Respiraba un aire puro, en vez del polvo, el fuego y el humo de aquella atmósfera humana que acababa de dejar. Oía el rebuzno de los pollinos, el canto del gallo, el ruido de los árboles y los gemidos alternativos de la mar en vez de aquel infierno de carruages, de aquellos agudos gritos del pueblo, y de aquel trueno incesante formado con los estridentes ruidos que en las calles de las grandes ciudades no dejan ninguna tréguera al oído, ni un rato de descanso al pensamiento.

No sabía salir de la cama en donde saboreaba con mil delicias aquel sol, aquellos ruidos campestres, y aquellos gorjeos de los pajarillos; y después mirando la desnudez de las paredes, el vacío de mi aposento, la ausencia de muebles, me regocijaba pensando que al menos aquella pobre familia me quería, lo cual vale mas que todas las colgaduras y todas las alfombras. Con todo el oro del mundo no se podría comprar un solo latido del corazón, ni un solo sentimiento de ternura.

Estos pensamientos me mecían suavemente en ese estado que sucede al sueño; sentía que mi salud se restablecía en

aquel sosiego. Beppino entró varias veces en mi cuarto á preguntarme si quería algo, y me trajo á la cama un pedazo de pan y unas uvas que me comí arrojando las migas á las golondrinas. Era ya cerca de las doce; el sol entraba de lleno en mi cuarto, tibio como en otoño, cuando me levanté. Me convine con el pescador y con su mujer en que les daría una pequeña suma todos los meses por el alquiler de mi cuarto, y para no aumentar el gasto de la casa. Muy corta era la suma, pero aquellas buenas gentes la creían escasa. Se conocía que lejos de querer especular conmigo, sentían mucho que su pobreza y la frugalidad de su vida no les permitiesen ofrecerme una hospitalidad que les habría enorgullecido mucho mas si no me hubiese costado nada. Compraron cada día dos panecillos mas de lo acostumbrado, un poco de pesca que se sacaba cocida ó frita á la comida, leche ó frutas secas para cenar, aceite para mi luz y rescoldo para los días fríos: este fué todo el aumento. Algunas monedillas de cobre eran suficientes para cubrir mi gasto ordinario. Nunca he comprendido mejor que entonces, que la felicidad es independiente del lujo, y que mas cantidad de ella se puede comprar con un denario de cobre que con un bolsillo lleno de oro, cuando se la busca donde Dios la ha ocultado.

De este modo pasé los últimos meses del otoño y los primeros días del invierno, cuyo brillo y serenidad les hacen confundirse en Nápoles con los precedentes. Nada turbaba la monotonía tranquilidad de nuestra vida. El anciano y su nieto no se aventuraban ya en alta mar por los fuertes vientos que se levantaban á menudo en aquella estación, y seguían pescando á orillas de la costa: su pesca vendida en la marina por la abuela bastaba para cubrir sus necesidades.

(Se continuará)

CLAUDIO JOSÉ VERNET.

A nuestro juicio, el cuadro conocido de todo el mundo con el nombre de *La Tempestad*, no es el mejor de los que ha producido Claudio Vernet, pero el grabado que de él ha sacado Balechón es sin disputa la obra mas bella que haya salido nunca de manos de un grabador. Al menos, jamás las aguas enfurecidas se han visto retratadas con mas verdad, y la perfeccion de ese trabajo ha causado siempre la desesperacion de los mas hábiles artistas que después han querido imitar ese trabajo, sin lograrlo siquiera una sola vez.

Pero volvamos á José Vernet, repitiendo aqui para aquellos que no hayan leído ninguna de nuestras noticias sobre Carlos Vernet, que este último artista es hijo de José y padre de Horacio Vernet, de modo que el célebre pintor de marinas de que nos ocupamos no solo es famoso por haber hecho buenos cuadros, sino tambien por haber dado origen á una familia que tan brillantes recuerdos tiene en la historia del arte.

Sin embargo, lejos de nosotros las exageraciones: José Vernet que vivía al mismo tiempo que Greuze, Latour y Chardin, no es el primero de estos grandes pintores. Es superior á Greuze, y hasta iguala á Latour, pero es inferior á Chardin por lo cual se debe estar en guardia contra los estremados elogios de sus esclavos admiradores.

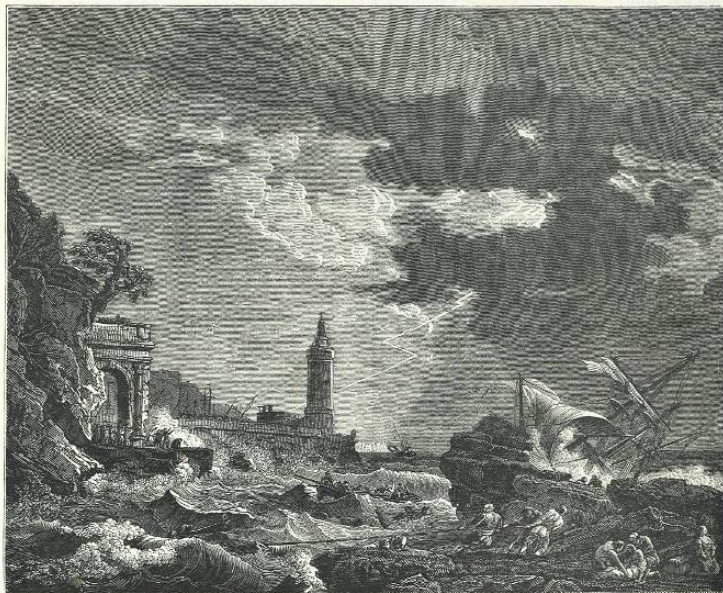
«Quien puede hacer, exclamó Diderot en su entusiasmo; quién puede hacer cielos y nubes como Vernet, si Dios ó la naturaleza no le ayudan? Quién? No queremos escribir por

temor de blasfemia, un nombre sagrado que acude á los labios de todos, pero aun cuando ese maestro sin rival no hubiese existido antes de José Vernet, Diderot se olvidaba de Arnold Van-der-Neer, ese Claudio Lorenzo de la noche. Nada, á nuestro modo de ver, manifiesta mejor el rango que

debe ocupar Vernet en la gerarquía de los representantes del arte, que el siguiente verso de Horacio:

Extremi primorum, extremis usque prioris.

Así, pues, nos parece que es sumamente fácil el formarse



VERNET. — La tempestad.

una idea clara y precisa del pintor que hemos tratado de dar á conocer á nuestros lectores. Las cuatro horas del día, las marinas, los naufragios, á veces alumbra por la luna; los incendios, las cascadas y las nieblas, son los asuntos que mas le gustaban. Hizo tambien paisajes, pero fué para tener ocasion de figurar las aguas agitadas en cascadas ó en torrentes. Vernet habria querido pasar su vida entera en la mar que le gustaba tanto como á los marinos. Un viejo pintor me ha contado que José Vernet, cuando sintió venir la muerte habria deseado abandonar la vida, mirando las azules olas del Mediterráneo. De este modo Juan Jacobo Rousseau mandaba abrir con ojos moribundos el balcón de su cuarto para ver el sol por última vez. La aspiracion común de todos los grandes artistas que brillan por el pincel ó por la pluma, es la naturaleza.

J. J. ARNOUX.

Fiestas de toros en el siglo XVII.

Las fiestas de toros fueron prohibidas por la corte romana en el siglo XVI: cosa que habian solicitado con vivas ansias muchos teólogos insignes, por considerar este espectáculo como sanguinario, cruel, y sobre todo *gentílico*.

Pero al cabo de ocho ó diez años, el papa Gregorio XIII levantó la prohibicion, dando permiso para las corridas de toros, con tal que no se hiciesen en domingos y días festivos, sino solamente en aquellos que estaban señalados para solemnizar de este modo á tal ó cual santo por voto de los ayuntamientos. De forma, que el lidiar toros en aquellos siglos de falsa piedad, se tenía por materia de devocion y de descargo de las conciencias. Por voto de la villa de Madrid, corriáse toros en el día de San Isidro, y así en los de otros santos en las demas poblaciones de España.

Eutónces no habia edificios construidos espresamente para este festejo, y por eso se hacia en las plazas principales de

las ciudades, para lo cual mandaban levantar los ayuntamientos multitud de patenques y tablados.

Lo poco seguro de estos y lo mal acondicionados, daba lugar en muchas ocasiones á casos desgraciados y aun extravagantes. Sirva de ejemplo lo que dice Gerónimo Cortés en su *Tratado de los animales terrestres y volátiles* (Valencia, 1669):

« En el año de 1564 sucedió un caso notable de un buey, y fué que habiendo juego de toros en una villa del reino de Valencia, llamada Pego, sacaron á uno para correrlo en medio de la plaza, en donde hay una escalera muy ancha, por la cual suben á la sala que dicen de los jurados. Y en esa escalera se retraen muchos de los que corren toros. Habiéndose pues embravecido dicho buey, huyeron algunos á la escalera, y subiendo por ella entraron hasta la sala de los jurados, y el animal tras de ellos persiguiéndolos. Uno de los fugitivos se acogió á una ventana, y asándose del bastimento mas alto, se estaba colgado, teniendo el cuerpo medio fuera y medio dentro. Viéndolo allí el animal, arremetió con furia para derribarlo; pero el hombre alzó los pies y el cuerpo por arriba, con lo cual el buey cayó por la ventana abajo quebrándose las piernas. »

Esto refiere Gerónimo Cortés entre otros muchos lances semejantes, ocasionados por las poquimas precauciones que se tomaban en las plazas de toros para la seguridad de los espectadores y de los que habían de lidiar las fieras.

Hoy solo se acostumbra correr ocho toros: entónces entraban cuarenta en la plaza y casi todos morían. La mitad se corrían por la mañana y la otra mitad por la tarde. Este número de toros sería excesivo para el modo con que en nuestros tiempos combaten los toreros á los animales mencionados. Pero en aquellos, donde la gala y bizarría de los caballeros estaba en dar presta muerte á los toros, el número de cuarenta para el festejo era á la verdad muy corto.

Los lances, ya desdichados, ya ridiculos, que acontecian á los caballeros que entraban en las plazas á correr toros, daba casi siempre ocasion á las habillitas y murmuraciones del vulgo, y muchas veces á las picantes sátiras de los poetas. Cuéntanse del conde de Villamediana muchas harto doctas. Una vez entró en la plaza de Madrid cierto caballero, de quien los maldicientes decían que era descendiente de judíos. A este pues lanzó en presencia de muchas personas el epigrama que sigue:

« ¿ Ves aquel que viene allí
del tribu de Zabulon?...
¡ Qué mal que trae el rejon!
la lanza y la esponja st. »

Otras veces el mismo conde perseguía con sus sátiras mordaces á los alguaciles de corte, que corrían á caballo las plazas. De uno de estos, llamado Vergel, decia en cierta ocasion:

« ¡ Qué galan entró Vergel
con cintillo de diamantes!
diamantes que fueron antes
de amantes de su mujer. »

La impericia de los alguaciles que por obligacion habian de asistir á la plaza, daba lugar varias veces á embestidas de los toros, de las que en pocos casos salian bien parados, pues ignoraban ciertamente el arte de pelear á caballo con tales fieras. En algunos lances la fortuna se ponía de parte de ellos, y los sacaba no solo á paz y á salvo, sino tambien

saliendo del peligro con honra, y escarmentando á los toros. A cierto alguacil, vencedor de uno de estos, compuso el mismo conde de Villamediana, con su mordacidad inimitable, la siguiente poesia, inédita hasta ahora:

A D. PEDRO VERGEL, ALGUACIL DE CORTE.

Fiestas de toros y cañas
hizo Madrid á su rey,
y por justísima ley,
llenas de ilustres hazañas.

La suma de todas ellas
con ardimiento gentil,
engrandeció un alguacil
con mil circunstanças bellas.

En el caballo novel,
valiente, bravo y furioso,
se ha presentado en el coso
florido como un Vergel.

Sus galas son pregrinas;
porque le hacen contrapeso
á marinetes de hueso,
cintillo de comerinás.

Miró al toro con desden
Vergel, y el toro repara
que ve con cuernos y vara
un retrato de Moisés.

Duda el toro en la batalla,
y no sabe en tanto aprieto
si ha de guardar el respeto
al rey de la cornualta.

El toro tuvo razon
de no osar acometer;
pues mal pudo él oponer
dos cuernos contra un millon.

Mal gobierno fué por Dios,
sabiendo que se embaraza
la fiesta echar en la plaza
los toros de dos en dos.

No causes tan grande inopia
al mundo, toro crane;
que si matas á Vergel,
destruirás la cornicopia.

Pero no saldrás con lauro;
huye, toro, que te atajan,
mira que sobre ti bajan
Aries, Capricornio y Tauro.

Guarda, Vergel, el decoro;
que la presencia del Rey,
al que antes fué manso buey
ha trocado en bravo toro.

De otras armas te aperche,
toro, para tu defensa,
que á Vergel no hacen ofensa
Cuernos, pues con ellos vive.

Arremetió el toro infiel
á Vergel, que con destreza,
por cima de la cabeza
le dió la vuelta á Vergel.

Lleno de coraje acerbo
se levanta y mete mano:
animoso, si no ufano,
y ligero como un ciervo.

Conseguirás lauro eterno,
Vergel, con sumo tesoro;
pues vencerás toro á toro,
peleando cuerno á cuerno.

Por Dios que admiro el indicio
en enemistad tan grave,
si no es lo que el mundo sabe,
que son ambos de un oficio.

Su político gobierno
honor en los hombres labra:
en todos por la palabra,
pero en Vergel por el cuerno.

Mercedes esperar pudo
con que á todos se anteponga
Vergel; pues le dan que ponga
el mismo *Tauro* en su escudo.

De estos peligros eternos
cuál sea el mas grave ignoro,
verse en los cuernos del toro,
ó en el toro de los cuernos.

En ocasion oportuna
anduviste, Vergel, hombre,
y colocaste tu nombre
en los *cuernos de la luna.*

Con respecto á las fiestas de toros, tales como se usaban en el siglo XVI, no nos parece fuera de propósito insertar en este lugar lo que refiere Francisco Nuñez de Velasco en sus *Diálogos sobre contencion entre milicia y ciencia*. (Valladolid, 1614):

« Muley Amida, rey de Túnez, habiendo visto en Valladolid un juego de cañas y toros que de propósito se hizo para alegrarle, dijo que *para burla le parecia veras, y para veras burlas.* »

ADOLFO DE CASTRO.

EL GITANO.

Oscuro es en verdad el origen de los gitanos, sin haberse podido descubrir hasta el día su verdadera procedencia.

Todos los historiadores de todos los tiempos y de todas las naciones han tratado, aunque en vano, de averiguar el verdadero origen, puesto que en todos se ve una total discordancia.

La opinión mas admitida, segun muchos, es que descendien del bajo Egipto, pero esto mismo lo contradicen otros haciendo ver lo contrario.

Hay historiadores que juzgan que descendien de la Esclavonia, en la Hungría, otros que de los confines de la Turquía, otros que de una parte de la Rusia fundándose en ello porque en los confines de este dilatado imperio existe una casta de hombres muy parecidos á los gitanos.

Hay tambien quien asegura que cuando la irrupcion de los bárbaros, formaban parte de aquellos pueblos guerreros, quedándose por esta causa en las naciones conquistadas; pero está en contradiccion con la mayor parte de los que se han ocupado de esta intrincada cuestion, pues aunque estén discordes en el verdadero origen de los gitanos, no lo están en la época en que se presentaron por primera vez en Europa, que fué por los años de 1417 de la era cristiana.

Otros aseguran, y entre ellos el erudito padre Feijóo, que floreció á principios del siglo pasado, que descendien de las Indias Orientales, de donde emigraron en 1400, trasladándose á Alemania, y desde allí á lo demas de Europa.

Cuenta el citado Feijóo en sus escritos, que cuando por primera vez se presentaron en Alemania, en 1417, y les preguntaban por qué habían abandonado su país, contestaban, que habiéndose cumplido en ellos el castigo que Dios les impuso á sus ascendientes, por no haber querido amparar á la Virgen María cuando iba fugitiva con el niño Jesus, tenían que cumplir aquel castigo, persiguiendo siete años sobre la tierra.

Esto, como se deja conocer, era una solemne impostura para que compadeciéndose de ellos, no les negarán la hospitalidad y los socorriesen en su holgazanería: de aquí data segun se vé, el creer muchos que descendien del Egipto, cuando jamas se vió en todo él ni uno solo de estos perjudiciales vagabundos.

Otros aseguran que su procedencia es de la Germania, pero esto es un absurdo, porque se sabe, como ya digimos arriba, que el primer punto que visitaron estas gentes en Europa, fué la Alemania antes los Estados germanos, naciendo de aquí el creer que su origen es la Germania.

De todo lo espuesto, nada se viene á creer, sino que su verdadera procedencia es de las Indias Orientales, como lo está diciendo mas que nada, el color acitunado de su cuerpo, la deformidad de sus facciones, el pelo lacio, sus costumbres relajadas, su lenguaje mezclado de voces instancias y su poco amor al trabajo.

Para corroborar esta opinion, copiamos la relacion que hace de los gitanos un historiador alemán contemporáneo, en su obra «Historia universal», que se publicó no hace mucho tiempo, y que recibió la mejor aceptación.

Por esto, y por estar en un todo conformes con lo que dice el P. Feijóo ya citado, nos inclinamos á creer que de seguro ya no se ignora la procedencia de la casta de los gitanos. Dice así el historiador alemán, hablando de las conquistas que hizo Tamerlan en las Indias Orientales:

« La expedicion de Tamerlan á la India hizo salir de allí á los Zingaros (gitanos.) Ningun punto ha sido mas tratado y debatido que la existencia de esta poblacion miserable, espardida por todo el mundo hace tantos siglos, sin haber cambiado de carácter ni costumbres. Aun se encuentran en los países de los Maratas unidos en tribus, y su lengua, asi como su fisonomía, revelan su origen indio. Llámase, en efecto, Zingari en la India; á los últimos de los pártas. Cuando Tamerlan trastornó este país, las tres castas superiores sufrieron, pero sin separarse del suelo natal.

Por el contrario, los judíos de las castas inferiores se derramaron abandonando un hogar de miserias, y siguiendo las huellas de los Mongoles, como espías ó merodeadores, se extendieron por los países conquistados. Algunos se dirigieron hacia Oriente, y aun existen en las costas de Malabar, quienes viven del oficio de piratas. Otros anduvieron errantes por la Persia y el Turkestan; algunos, impulsados probablemente por los Otomanos, ganaron la Europa, donde aparecen en 1417, en Moldavia y en Valaquia; el año siguiente en Suiza, y en 1422 en Italia, en 1427 en Francia, haciéndose pasar por originarios del bajo Egipto, añadiendo que Dios habia hecho su país estéril porque sus abuelos habían negado asilo á María en su huida con el niño Jesus, ó tambien decían que el Papa Martin, en castigo de su apostasía, los habia condenado á andar errantes durante siete años sin entrar en un lecho, mandando á todo obispo ó abad mirado, darles seis libras torneses. No se les quiso recibir en París; pero se les designó por barrio la Capilla cerca de San Dionisio, donde la curiosidad atraía una multitud de gentes para verlos, al paso que ellos mismos, obser-

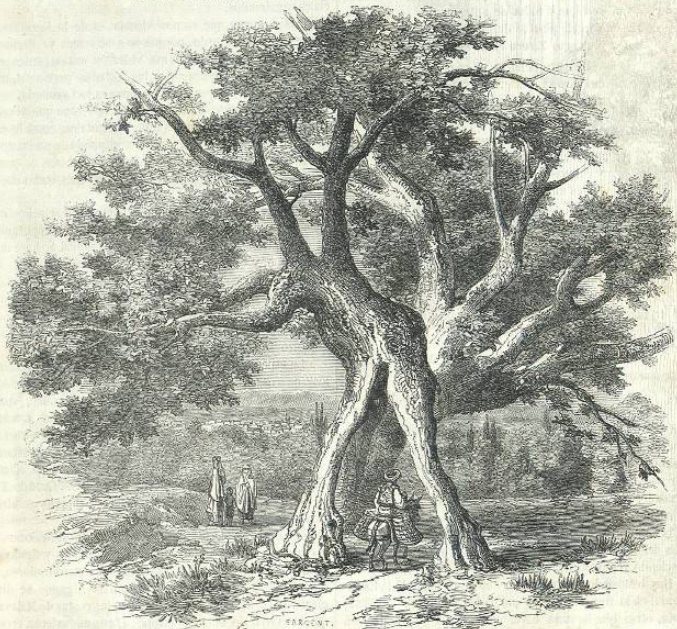
vando las manos de los incantados, decían la buena ventura á quien quería pagarles. Espulsóles el obispo (1560), pero continuaron en andar errantes por el reino, aunque Francisco I los desterró, bajo pena de galeras.

« Esta amenaza se reiteró varias veces hasta el momento en que se mandó poner la cadena sin mas forma de proceso (1666) á todos los que se cogiesen. »

El nombre de Zingaros es bajo el cual mas se les designa generalmente. Los daneses y suecos los llaman tártaros; los ingleses, egipcios; los franceses, bohemos, los árabes, arami; es decir *ladrones*; los húngaros *pharashuspek* ó pue-

blo de Pharaon; los holandeses, *heidenen* ó idolatras; los españoles, *gitanos* ó maliciosos. Fueron desterrados de Inglaterra en tiempo de Enrique VIII (1534) y de Isabel: en vano trató de echarlos de Alemania Carlos V. Algunos se han establecido de fijo en la Gran Bretaña, y mayor número en Transilvania, en Valaquia, en Lituania y en las provincias del Caucaso, abandonando la existencia nomada, aunque no toman parte en la civilización. El emperador José II, así como una sociedad inglesa, emprendieron civilizarlos en lugar de perseguirlos.

UN PLATANO ENTRE SMIRNA Y BOURNABAT, EN EL ASIA MENOR.



Dibujo de Freeman.

Smirna, una de las principales ciudades de la costa asiática, se halla situada en el fondo de un hermoso golfo rodeado de elevados montes. Una vasta llanura se extiende desde los límites orientales de la ciudad hasta las altas colinas cubiertas de ricas aldeas en dirección opuesta al mar, llanura fértil en extremo gracias al río que la atraviesa; alamos, plátanos y cipreses se cruzan allí vigorosos, así como todos los vegetales útiles á la población.

Hacia la mitad de esa llanura á orillas del camino que conduce de Smirna á Bournabat (aldea en donde se enseña una gruta, desde tiempos muy antiguos, en la cual se cree que Homero escribió la Iliada), se ve un antiguo plátano notable por sus dimensiones, y mas notable aun por su extraña

forma: el tronco se halla dividido en dos partes bastante fuertes á pesar de su división, para soportar la masa del árbol; ambas partes uniéndose por arriba forman una especie de arco, por el cual pasan con frecuencia los habitantes de las cercanías, habiendo mucho tránsito por aquel lugar porque los negociantes mas ricos de la población tienen generalmente sus casas de campo situadas en Bournabat. El árbol no está precisamente en medio del camino, en cuyo caso impediría la circulación de los carruajes demasiado anchos para pasar por él; pero los que van á pié, y aun á veces los que van á caballo, toman un sendero paralelo y contiguo al camino, donde se halla esa puerta vegetal.

LAS EDADES.

(Véase la p. 215.)



La juventud.—Composición y dibujo de Tony Johannot.

La juventud! Cuántas cosas en una palabra! Como las mágicas fórmulas de las *Mil y una Noches*, parece evocar todos los placeres. El cielo está risueño, florecen los árboles y las praderas se alegran con el ruido de los cánticos y de

las danzas! En la infancia, la vida es todavía un misterio; se marcha á tientas sin saber por donde; las fuerzas, incompletas aun, necesitan apoyo; la razón pide un guía; pero con la juventud, todo se ensancha y se ilumina; inmensos

horizontes se desplazan á lo lejos, á los cuales se llega en alas del deseo; las ilusiones van todavía mas allá hasta perderse en el infinito.

En los primeros años, vuestras alegrías se hallaban en la imprevisión; ahora están en las aspiraciones. Galopando como el hipógrifo fantástico, atravesamos todas las regiones de la esperanza ó del capricho. Embriagados por esa primera savia que hierve en nosotros, deslumbrados por la novedad de cuanto nos rodea, y contentos de la vida, marchamos de sorpresa en sorpresa: á nuestro lado, lejos de nosotros, en torno nuestro todo canta en coro el himno de la juventud.

A lo lejos se elevan las voces ideales que dicen:

— Anda mas allá de las llanuras, mas allá de los bosques, mas allá de los azulados horizontes! Anda hacia las regiones donde se realizan los sueños, donde se cumplen las esperanzas, donde todas las suaves quimeras toman un cuerpo!

— Mas cerca se oyen las voces del presente que repiten:

— Disfruta de tus horas, abandona tu alma á las libres espansiones; hártate de alegría, de movimiento y de sol; lanza al viento las melodías y las risueñas canciones.

Por último, en el fondo de nuestro corazón, murmurando otras voces:

— Prepara tu inteligencia! todo cuanto el hombre ha descubierto le pertenece: Fortifícale para extender á tu vez el glorioso dominio que debes dejar á tus sucesores!

Segun las voces que mejor distinguió, el joven ó la joven, elegirá el camino, y el tiempo dirá si se engaña. Pero, porque hemos de suponer el error? hay tantos senderos que conducen al mismo objeto! La juventud (y en esto está su gracia y su ventura) conserva algunos de los principios de la infancia. No se exige de ella como de la edad madura, la rectitud austera que nunca se estraviaba; alegre aun, puede seguir los rodeos del camino, detenerse al lado de las flores y aprovecharse de las sombras. Con tal de que la estrella del deber permanezca brillante en su cielo, con tal de que los ojos la reconozcan siempre y la tomen por guía, como los Magos cuando iban á Belen, poco importan los inocentes retrasos y las sencillas distracciones. Dejad á la juventud su alegría, como dejáis á la creación los cantos de las aves. Llegad á la puerta de la dolorosa arena, dejadla entrar al ruido de las trompetas ó de los aplausos, desplegadas al viento sus brillantes banderolas! La batalla humana debe principiar al menos como una fiesta, que bien luego sentirá el dolor de las heridas, la amargura del desaliento, el luto de las separaciones! Antes de la prueba, dejad que la juventud se embriague de esperanza, y que pueda aprender lo bastante á amar la vida para soportarla con paciencia tal como Dios la ha hecho.

GRATIAS.

POR

M. A. DE LAMARTINE.

(Véanse las págs. 181, 188, 194, 202, 213 y 217.)

Graziella se perfeccionaba en su trabajo, creciendo y embelleciéndose al mismo tiempo en la vida mas pacífica y sedentaria que llevaba desde que había principiado su arte. El salario, que su tío le llevaba los domingos le permitía no solo el tener á sus hermanitas mas decentes y mejor vestidos y enviarlos á la escuela, sino tambien el comprar para su abuela y para ella algunos adornos mas ricos y elegantes

como los gastan las mujeres de su isla: pañuelos de sed encarnada para la cabeza; zapatos cortos, bordados con lentejuelas de plata y corpiños de seda rayados de negro y verde, abiertos por las caderas y escotados para lucir la garganta con sus collares, y por último muchos pendientes cincelados. Las mujeres de las islas griegas llevan casi todas estos adornos, de los cuales no se desprenden jamás, por grande que sea su miseria. En los climas en donde el sentimiento de la belleza es mas vivo que bajo nuestro cielo, y donde la vida es toda amor, los adornos no son un lujo para las mujeres, sino su primera y casi su única necesidad.

Cuando el domingo y los días de fiesta, Graziella salía así vestida de su cuarto sobre la azotea, con algunas flores de granado rojas ó de adelfas prendidas al lado en sus cabellos negros; cuando al oír el toque de las campanas de la capilla vecina, pasaba y volvía á pasar por mi ventana como un pavo real que estende á los rayos del sol sus vistosas alas; cuando arrastraba lángidamente sus pies calzados en sus babuchas esmaltadas, y por último cuando alzaba su cabeza con una ondulación natural de su cuello para hacer flotar sobre sus hombros el pañuelo de seda y sus cabellos, y notaba que yo la miraba, se sonrojaba un poco, como si se hubiese avergonzado de su hermosura, pues había momentos en que el nuevo lustre de su belleza me hacía tanta impresion que creía verla por la primera vez, y mi ordinaria familiaridad con ella se cambiaba en una especie de timidez que me deslumbraba.

Pero Graziella deseaba tan poco deslumbrar á nadie, y su instinto natural de embellecerse se hallaba tan exento de orgullo y de coquetería, que concluidas las ceremonias religiosas se apresuraba á despojarse de sus ricos adornos para volverse á poner su sencillo vestido de indiana con rayas negras y rojas, y sus zapatos con tacon de madera blanca que resonaban todo el día en la azotea como las estrepitosas babuchas de las mujeres esclavas del Oriente.

Cuando las amigas de su edad no iban á buscarla ó su primo no la acompañaba á la iglesia, era yo el que desempeñaba este oficio; cuando salía, oía yo con una especie de orgullo, personal como si hubiese sido mi hermana ó mi prometida, los murmullos de admiración que su graciosa fisonomía excitaba entre sus compañeras y entre los jóvenes marinos de los muelles de la Margellina. Pero Graziella no oía nada; se sonría al verme, hacia la señal de la cruz con sus dedos mojados en agua bendita, y bajaba modestamente con los ojos bajos los escalones del peristilo.

De este modo la llevaba yo los días de fiesta por mañana y tarde á las iglesias, la única diversion que conocía, y la única tambien que la gustaba. En aquellos días, ponía yo un cuidado particular en que mi traje se asemejase lo mas posible á los de los jóvenes marinos de la isla, á fin de que mi presencia no pudiera extrañar á nadie y que me tomasen por hermano ó pariente de la joven á quien acompañaba.

Los demas días no salía de casa. Yo por mi parte había vuelto á tomar poco á poco mi vida de estudio y mis hábitos, distrayéndome únicamente con la dulce amistad de Graziella y con el afecto que me profesaba su familia. Leía los historiadores y poetas de todas las lenguas, y tambien escribía, á veces en italiano, y á veces en francés, desahogando en prosa ó en verso esos primeros ardores del alma que parecen pesar en el corazón hasta que la palabra los haya aliviado con espesarios.

Diríase que la palabra es la única predestinación del hombre, y que este ha sido creado para producir su fruto. El

hombre vive atormentado hasta que arroja fuera lo que interiormente consume y devora. Su palabra escrita es como un espejo para conocerse á sí mismo, para estar seguro de que existe. En tanto que no se ha visto en sus obras, no siente completamente que ha vivido: lo mismo que el cuerpo, tiene su puñetera el entendimiento.

Yo me hallaba en esa edad en que el alma necesita alimentarse y multiplicarse con la palabra; pero como sucede siempre, poseía el instinto antes de poseer la fuerza. Todo lo que escribía me parecía malo; el viento y las olas del mar de Nápoles podían decir cuántos fragmentos de mis sentimientos ó ideas nocturnas, han llevado lejos de mí por las mañanas.

A veces Graziella, viendo que pasaba muchas horas encerrado y que estaba mas silencioso que de costumbre, entraba furivamente en mi cuarto para arrancarme á mis lecturas ó á mis ocupaciones. Adelantábase calladito hasta detras de mi silla, se levantaba de puntillas para mirar por encima de mis hombros, aunque sin comprenderlo, lo que leía ó escribía, y despues por un movimiento repentino, me quitaba de las manos el libro ó la pluma, echando á correr enseguida. Yo la perseguía hasta la azotea y me enfadaba un poco, pero ella se reía, y á pesar de que me regañaba seriamente como habria podido hacerlo una madre, concluía siempre por perdonarla.

— Qué es lo que estais haciendo tanto tiempo con ese libro? me preguntaba con una impaciencia risueña y formal al mismo tiempo. Por ventura esas líneas negras en ese frío papel no acabarán jamas lo que tienen que decir? No sabeis bastantes historias que contaros todos los domingos y las noches del año como aquella que tanto me hizo llorar en Prócida? Y á quién estais escribiendo toda la noche esas largas cartas que arrojaís á la mar por la mañana? No veis que os estais matando, y que os quedais muy pálido y distraído cuando habeis estado leyendo ó escribiendo tanto tiempo? No sería mejor que os pusieseis á hablar conmigo que al cabo os miro y os veo, que no estar hablando días enteros con esas palabras, ó esas sombras que no os escuchan? Dios mio! Porqué no sabré yo tanto como esas hojas de papel? Os estaria hablando todo el día, y os diría cuanto me preguntéis sin necesidad de que os cansarais la vista, y de que consumirais todo el aceite de vuestra lámpara.

Entonces me escondía los libros y las plumas, y me traía la chaqueta y el gorro de marino, obligándome á que saliera á distraerme un rato.

Yo la obedecía murmurando, pero amándola.

IV.

Me daba largos paseos solo por la ciudad, por los muelles y por el campo; pero nunca la soledad me fué tan triste, como los primeros días de mi vuelta á Nápoles. Gozaba con mil delicias del espectáculo que alternativamente presentaba la ciudad, la costa, las aguas y el horizonte azulado. Ese sentimiento momentáneo de mi aislamiento no me mataba ya; me recogía en mi pensamiento. Sabía que había ojos y pensamientos amigos que me seguían entre la muchedumbre ó en aquellos desiertos, y que á la vuelta me esperaban corazones tan afectuosos como sencillos.

Ya no me hallaba como el pájaro que anda rodando por nidos extraños segun la espresion de la buena anciana; era un ave que vuela con largas distancias

de la rama en que vive, pero que sabe el camino para volver á ella: todo mi afecto por mi amigo ausente habia redundado en beneficio de Graziella, y aun este sentimiento tenia alguna cosa de mas vivo, incisivo y tierno que el que le tuve á él; parecíame que el uno le debía al hábito y á las circunstancias, pero que el otro habia nacido en mí, y que habia conquistado con todo conocimiento de causa.

No era amor, pues no experimentaba ni agitación, ni celos, ni preocupación apasionada; era un reposo delicioso del corazón, en vez de ser una dicha del alma y de los sentidos. Y tampoco pensaba en amar de otro modo ni en ser amado mas. No sabía si era una amiga, una hermana ó otra cosa distinta para mí: lo que sabía era que estas relaciones nos hacían dichosos á los dos.

Yo no deseaba nada mas. No me hallaba en esa edad en que uno analiza lo que siente para darse á sí mismo una vana definición de su felicidad: bastábame la tranquilidad y el contento que gozaba y no quería preguntarme de dónde ni cómo me venía. La vida en comun, iba estrechando mas y mas la inocente y dulce familiaridad entre nosotros; y ella estaba tan pura en su abandono, como yo estaba sosegado en el mio.

Hacia tres meses que yo formaba parte de la familia, que habitaba el mismo techo, y Graziella estaba ya tan acostumbrada á mirarme como inseparable en su corazón, que quizá no notaba el puesto que iba ocupando en él. No tenia para conmigo ninguno de esos temores ni de esas reservas que se interponen en las relaciones de dos jóvenes de diferente sexo, y que muchas veces hacen nacer el amor de las mismas precauciones que se toman para evitarle. Graziella no conocía, y apenas lo conocía yo tampoco, que sus gracias infantiles que se iban desarrollando con todo el brillo de una madurez precoz, daban un gran prestigio á su belleza, y eran causa de admiración para todos y de peligro para mí. Nunca tomé el menor cuidado ni para ocultarla, ni para que brillara mas esplendente á mis ojos; era como una hermana que no piensa jamas si parecerá fea ó hermosa á los ojos de su hermano. No por eso calzaba con mas frecuencia sus pies desnudos cuando vestía á sus hermanitos por la mañana en la azotea al sol, ó cuando ayudaba á su abuela á barrer las hojas secas que habian caído al tejado; entraba á todas horas en mi cuarto que estaba siempre abierto, y se sentaba con la misma inocencia que Beppino en la silla que estaba á la cabecera de mi cama.

En los días de lluvia, yo mismo pasaba horas enteras solo con ella en el cuarto de al lado, donde dormía con sus hermanitos, y donde trabajaba en sus corales, y aun á veces, hablando y jugando, la ayudaba en aquel oficio que ella me enseñaba. Menos diestro aunque mas fuerte que ella, yo le graba bastar mejor las piedras de coral, y en este modo, trabajando doblemente, en un día ganaba ella dos.

Por la noche cuando la familia estaba acostada cambiaban los papeles: ella era la discípula y yo el maestro. La enseñaba á leer y á escribir haciéndola deletrear las letras en mis libros, y llevándola la mano para enseñarla á trazarlas sobre el papel. Como su primo no podía venir todos los días, yo le reemplazaba los días que faltaba. Ya fuese que aquel joven contrahécho y cojo no inspirase á su prima bastante atractivo y respeto á pesar de su dulzura, su paciencia y la gravedad de sus maneras, ó ya fuese porque ella misma se distrajera demasiado durante sus lecciones, lo cierto es que conmigo progresaba mucho mas que con él. La mitad del tiempo consagrado al estudio lo pasábamos jugando y riendo burlándonos del pedagogo: el pobre joven quería demasiado

á su discípula y experimentaba á su lado demasiada timidez para que se atreviese á reñirla. Hacía todo cuanto ella deseaba para que las hermosas cejas de la jóven no pudiesen el menor ceño, y para que sus labios no hiciesen el menor gesto de mal humor. A veces la hora consagrada á la lectura la pasaba él limpiando las cuentas de coral, devanando ovillos de lana con las devanaderas de la abuela ó remendando las redes de Beppo. Todo le parecía bien con tal de que al marcharse Graziella se despidiese de él con una sonrisa complaciente y con un *addio* en un tono de voz que quería decir: hasta mas ver!

Conmigo, por el contrario, la leccion era una cosa formal hasta el estremo, prolongándose á menudo hasta que nuestros ojos se hallaban cargados de sueño. En su cabeza inclinada, en su cuello tendido, en la atenta inmovilidad de su actitud y de su fisonomía, se conocía que la pobre jóven se esforzaba por comprender cuanto yo la decía. Apoyaba su codo en mi hombro para leer en el libro donde mi dedo señalaba la línea indicándole la palabra que debía pronunciar; y cuando escribía, yo tenía sus dedos en mi mano para guiar su pluma.

En cuanto cometía una falta, la regañaba con aire severo y enfadado, y ella sin responderme se incomodaba consigo misma. A veces la veía que iban á saltársele las lágrimas, y entonces suavizaba mi voz y la animaba á comenzar de nuevo. Por el contrario, cuando había leído y escrito bien, se conocía que buscaba su recompensa en mi aprobacion: se volvía hácia mi sonrojándose y con una espresion de orgullosa alegría en la frente y los ojos, mas contenta con el gusto que me daba, que con el triunfo que sacaba de ello.

Yo la recompensaba leyéndola algunas páginas de *Pablo y Virginia*, que prefería á todo lo demas, ó algunas bellas estrofas del Taso cuando describe la vida campestre de los pastores, ó cuando canta las quejas ó la desesperacion de dos amantes. La música de estos versos la hacía llorar, y se quedaba meditando mucho tiempo despues que yo había acabado de leer. La poesia no tiene un eco mas sonoro ni mas prolongado que el corazon de la juventud donde está próximo á nacer el amor: es como el presentimiento de todas las pasiones, aunque mas adelante se cambia en doloroso recuerdo. De este modo hace llorar en las dos épocas estremas de la vida: en la juventud con las esperanzas, y en la vejez, con el sentimiento.

Las dulces familiaridades de aquellas veladas pasadas á la luz de la lámpara y al tibio calor del brasero, no despertaron otra cosa en nosotros, que unas intimidades infantiles. Ambos estábamos defendidos, yo por mi indiferencia casi fria, y ella por su candor y su pureza. Nos separábamos tan tranquilos como nos habíamos reunido, y un momento despues de nuestras prolongadas conversaciones, dormíamos bajo el mismo techo, á algunos pasos uno de otro, como dos niños que han jugado juntos por la tarde y que no sueñan en otra cosa que en sus sencillos placeres. Esta calma de los sentimientos no definidos y que se alimentan consigo mismos, habría durado años enteros, sin una circunstancia que vino á cambiarlo todo y que nos reveló la naturaleza de una amistad que nos bastaba para ser tan dichosos.

El primo de Graziella, Cecco, continuaba viniendo con mas asiduidad todavía, á pasar las noches de invierno en el seno de la familia del viejo pescador. A pesar de que la jóven no le hubiese dado jamás ninguna señal de preferencia, y que aun por el contrario, él hubiese experimentado á menudo las alegres burlas de su prima, se mostraba tan hu-

milde y paciente delante de ella, que la jóven no podía menos de sonreírle á veces bondadosamente. Con esto le bastaba, pues poseía esa naturaleza de los corazones débiles, aunque amantes, que sintiéndose desheredados por la naturaleza de las cualidades que inspiran el amor, se contentan con amar sin ser correspondidos, y se sacrifican como esclavos voluntarios al servicio, sino á la felicidad de la mujer á quien tienen consagrado su corazon. No son estas las naturalezas mas nobles, pero si las mas tiernas en el sentimiento; se las compadece aunque admirántolas: amar para ser correspondido es propio de todos los hombres; pero amar por amar, esto es casi ser ángel.

Bajo la apariencia física mas desgraciada, había alguna cosa de angelical, en el amor del pobre Cecco. Por eso, lejos de resentirse ó de tener celos de las familiaridades y preferencias que á su vista disfrutaba yo con Graziella, me quería porque ella me quería; porque él no solicitaba el primer puesto ni el último: con todo se contentaba. Por agradarla un momento, por obtener de ella una mirada complaciente, un ademán, una palabra amistosa, habría sido capaz de venir á buscarme á lo último de la Francia y llevarme á la que me prefería á él; aun creo que me habría aborrecido, si yo hubiese ocasionado el menor disgusto á su prima.

Cifrabra en ella su orgullo así como su amor. Quizá tambien siendo interiormente reflexivo, sensato y metódico, tal como Dios y su deformidad le habían hecho, calculaba instintivamente que mi imperio no sería eterno sobre las inclinaciones de su prima; que una circunstancia cualquiera, pero inevitable nos separaría; que yo era extranjero, de un pais lejano, de una condicion y una fortuna evidentemente incompatibles con las de la hija de un marinero de Prócida; que un día ú otro se acabaría la intimidad entre su prima y yo; que entonces Graziella se quedaria sola, abandonada y desolada, y que esa misma desesperacion ablandaría su corazon que vendría á su poder, aunque quebrantado, entero. Este papel de consolador y de amigo, era el único á que pretendía, pero su padre lo reservaba otro diferente.

En efecto, su padre conociendo el afecto de Cecco á su sobrina, venía á verla de cuando en cuando. Contento de su belleza y de su arreglo, maravillado de los rápidos progresos que hacía en la practica de su arte, en la lectura y escritura, y por otra parte, presumiendo que las desgracias de la naturaleza no permitirían á Cecco el aspirar á otras ternuras que á las de conveniencia y de familia, había resuelto casar á su hijo con su sobrina. Con la fortuna hecha y siendo esta bastante considerable para un obrero, suponía que su demanda sería recibida como un favor al cual tanto Andrés, como su mujer y Graziella, ni por pienso resistirían. Sea porque hubiese hablado de su proyecto á Cecco, ó sea que hubiese ocultado su pensamiento para sorprenderle con su felicidad, resolvió explicarse con la familia.

La víspera de Navidad, yo volví á casa mas tarde que de costumbre para sentarme á cenar á la mesa, y noté alguna frialdad y reserva en las fisonomías de Andrés y de su mujer. Alzando los ojos sobre Graziella, noté que había llorado: la serenidad y la alegría eran tan ordinarias en aquel rostro que aquella inusitada espresion de tristeza la cubría como con un velo misterioso. Habriase dicho que se había escapado por su fisonomía la sombra de sus pensamientos y de su corazon. Yo me quedé petrificado y mudo sin atreverme á interrogar á aquellas pobres jentes ni á hablar á

Graziella, temiendo que el sonido de mi voz hiciese estallar su corazon que parecia contenerse con tanto esfuerzo.

(Se continuará.)

MURILLO.

No hablaremos aqui de la hermosa sencilla y familiar de esta composicion, que salta á los ojos de las personas menos atentas, y recuerda las eminentes cualidades que hay en cuantas obras salieron de aquel pincel famoso.



MURILLO .P.

AL CABASSON - D

TIMMS.

La jóven jardinera.

Vamos á continuar la historia de Murillo que principiamos el año último al hablar de la *Virgen de la faja*; pero antes de seguir nuestra narracion séanos permitido decir dos palabras, cuya oportunidad no podrá contestársenos, sobre el brillante triunfo que el grande artista español acaba de obtener en Paris en este momento.

Probablemente sabe ya el lector que la venta de la célebre galeria de cuadros que el mariscal Soult trajo de España, se ha verificado en Paris en los dias 19, 21 y 22 de mayo de año actual. Entre los quince lienzos que contaba Murillo en esta magnífica coleccion había una *Concepcion* de una belleza incomparable. En esta composicion, la Virgen Maria es

pevada al cielo en un grupo de nubes, de pié sobre la media luna simbólica, y con las manos cruzadas sobre el pecho. Su blanco vestido se armoniza maravillosamente con un ropaje de un azul que deslumbra. Su cabellera flota sobre sus hombros y su fisonomía se halla en el último punto de la adoración y el éxtasis. En torno suyo, hay varios grupos de ángeles y querubines llenos de admiración con la presencia de la reina de los cielos.

Todos los historiadores de la escuela española convienen en que este lienzo es la obra maestra de Murillo. Acaso nunca llegó el maestro a una sublimidad tan exaltada de estilo y de expresión, acaso nunca prodigó con tal magnificencia las luminosas riquezas de su colorido. La *Concepción* no es solamente la obra maestra de Murillo, sino que puede llamarse, sin exageración, un diamante de luz, una de las maravillas de la pintura, uno de los primeros cuadros del mundo.

Cuatro grandes países se han disputado esta *Concepción* para eterna gloria del pintor y de la escuela española, que son: la Francia, la España, la Rusia y la Inglaterra; pero al cabo la Francia la logró, para el Museo del Louvre, por la enorme suma de 386,000 frs.

Pero volvamos pues á la vida de Murillo, á quien dejamos como se acordará el lector, fabricando cuadros á toda prisa para venderlos á los comerciantes que los enviaban á América, oficio que si bien no era propio para hacer fortuna, le dió por lo menos lo suficiente para que marchara á Madrid, de donde tenía intención de pasar á Italia. Sin embargo no ejecutó su propósito de viaje, gracias á Velazquez que lo tomó bajo su protección.

J. J. ARNOUX.

(Se continuará.)

EL MUERTO VIVO.

HISTORIA

DE UN FAQUIR QUE SE GANA LA VIDA HAGIÉNDOSE ENTERRAR.

Mientras disputan los sabios acerca de las propiedades de la vida, referiremos á nuestros lectores lo que hemos oído contar de un hombre, que después de estar enterrado muchos meses, vuelve á ejercer todas las funciones de la vida. Por raro que parezca el caso, no puede calificarse de fabuloso, si las reglas de la fe humana merecen algún respeto, y el testimonio de personas graves, testigos oculares del hecho extraordinario que vamos á trasladar á nuestras páginas. Entre esas personas figuran el agente inglés de Lodhiana, varios oficiales del ejército de la India, y el celebre general Ventura, que en su viaje á París confirmó la exactitud de la relación de M. Osborne, autor de un libro tan instructivo como entretenido sobre la corte de Rundjet-Sing, emperador de Laboz.

Si nuestra intención nos empujase mas allá de los estrechos límites de una modesta narrativa, citaríamos en apoyo de la posibilidad de este fenómeno varios ejemplos de catalepticos que han permanecido mas ó menos meses en estado de verdaderos cadáveres. La *Gazette Médicale* del 24 de octubre de 1769 refiere un caso de esta especie, sucedido en Marselles del Berrí. Un labrador, llamado Mateo Anciere, hombre de un carácter melancólico y taciturno, pero que no descuidaba sus intereses, cayó en una completa catalepsia, y durante un espacio de tres meses no dió la menor señal de vida. Este accidente se repitió varias veces, su duración fué casi todas la misma, y la insensibilidad general de las

1. El Museo Ilustrado publicará próximamente el grabado de este anoso cuadro.

funciones vitales resistieron á cuantos experimentos se ensayaron. Otro caso podríamos citar mas reciente, y que es conocido de todos los que estudian la fisiología, y han leído las experiencias hechas en Blois por Mr. Seguin; pero no es nuestro propósito disertar sobre las propiedades de la vida, ni aun al sentar estas ligerísimas indicaciones llevamos otro fin que el de conservar en nuestra narración todo el interés que la verdad del suceso debe excitar en nuestros lectores.

«El 6 de junio de 1838, dice el autor del mencionado libro sobre la corte de Rundjet-Sing, se interrumpió felizmente la monotonía de nuestra vida de campo con la llegada de un hombre célebre en el Pendjab. La veneración de que goza entre los saiques ó sikés es en extremo grande, y se funda en que tiene la facultad de estar sepultado debajo de tierra todo el tiempo que quiere. Contábase en el país lances tan extraños de este hombre, y abonaban su autenticidad personas tan respetables, que deseábamos con ansia verlo. El mismo nos aseguró que ya hacia muchos años que estaba ejerciendo su oficio, segun su propia expresión, es decir, haciéndose enterrar, y en efecto, en muchas partes de la India le han visto repetir esta singular experiencia. Entre las personas formales y fidedignas que certifican su autenticidad, debe citarse al capitán Wade, agente político en Lodhiana, que ha asistido á la resurrección del faquir, enterrado hacia ya algunos meses en presencia del general Ventura, del mahazadjah y de los principales gefes de los saiques ó sikés.»

Hé aqui los pormenores del enterramiento y las circunstancias de la exhumación.

Los preparativos para aquel duraron algunos días, y son de tal índole, que no sería posible enumerarlos sin excitar la repugnancia de nuestras delicadas lectoras. Concluidos estos, el faquir declaró que estaba dispuesto á someterse á la prueba de la sepultura. El mahazadjah, los jefes indígenas y el general Ventura se reunieron junto á un sepulcro de ladrillos construido espresamente para recibir y conservar el cuerpo que iba á enterrarse. En presencia de los circunstantes el mismo faquir se tapó con cera todos los conductos por donde podía entrarle el aire, á escepcion de la boca: despojóse en seguida de toda la ropa que llevaba, y desnudo lo envolvieron en una mortaja ó saco de tela, poniéndole, segun su deseo, la lengua hacia atrás, de modo que le cerraba la entrada de la garganta. En cuanto quedó terminada esta operación, el faquir cayó en una especie de letargo. Entonces cerraron el saco que lo contenía, y el mahazadjah le puso su sello. Así lo colocaron en una caja de madera, la cual fué cerrada con candado, sellada y puesta en el hoyo abierto dentro del sepulcro. Encima echaron una cantidad muy crecida de tierra, que apisonaron durante algun tiempo, y sembraron luego de cebada, estableciendo al rededor numerosas centinelas, con orden de velar dia y noche para la custodia de aquel recinto.

A pesar de tantas medidas de prevención, el mahazadjah, receloso y suspicaz, como lo son todos los orientales, no dejaba de alimentar sus dudas, y fué dos veces á visitar el sepulcro en el espacio de diez meses que estuvo enterrado el faquir. Cuando mandó abrir la sepultura, vió con sus ojos y pudo tocar con sus manos el cuerpo exánime y helado, tal cual se habia colocado en el saco y el ataúd. Por fin, al cumplirse los diez meses se procedió á la exhumación definitiva.

Acudieron á presenciario los que habian sido testigos del entierro. El general Ventura y el capitán Wade vieron abrir el candado, romper los sellos y extraer la caja de la sepultura. Sacose el faquir, en quien ni el pulso ni el corazón

daban la mas leve señal de vida: solo en la estremidad de la cabeza se percibia algun calor. Una persona, introduciéndole con mucho tiento el dedo en la boca, le volvió la lengua á su postura natural. Derramándole muy despacio agua caliente sobre el cuerpo, se fueron obteniendo poco á poco síntomas de vida. Por último, despues de dos horas de un tratamiento prolijo y adecuado, el buen faquir se levantó y echó á andar sonriéndose.

«Este hombre verdaderamente extraordinario, añade Mistr Osborne, cuenta que durante su exhumación, tiene ensueños deliciosos, pero que al despertar siente siempre dolores muy acerbos. Antes de recobrar el conocimiento padece vértigos.»

Su edad en la época á que nos referimos seria de unos treinta años, y su aspecto es desagradable, con cierta expresión de astucia, que contrasta con la idea que debe sugerir su estado frecuente y prolongado de amortecimiento.

Tal es el singular fenómeno que queremos dar á conocer á nuestros lectores. Hemos citado los nombres respetables de las personas que lo han presenciado; sin embargo no extrañáremos que haya quien dude de su exactitud, porque es racional dudar de los hechos que están en abierta oposición con el curso ordinario de las cosas; pero no por eso nos parece que pueda negarse. ¿Sabemos nosotros si la vida es un movimiento esencial continuo? ¿sabemos si es capaz de interrupciones temporales? ¿cuál es la regla? ¿cuál es la escepcion? El estado de los animales invernantes, la suspensión de las funciones vitales en algunas enfermedades que afectan, ya la vida de relación, ya la vida orgánica, y á veces una y otra, y en fin, la experiencia de hechos aun no bien clasificados entre la patología y la fisiología, aconsejan una prudente circunspección. A nosotros nos ha bastado para decírnoslo á dar noticia del muerto-vivo del Pendjab, el testimonio de dos oficiales ingleses y de un emigrado francés, que por su talento y bizarría ha merecido ser elevado á la primera dignidad de la milicia por el soberano de un vasto imperio del Oriente.

ESPOSICION DE PINTURAS EN PARIS EN 1787.

El grabador Martini, ha representado en una estampa de grandes dimensiones, el aspecto general del gran salon del Louvre en 1787, en una de las mas célebres y mejores exposiciones de pinturas que hubo en Francia en el siglo último. Con este artículo publicamos una copia de esa curiosa estampa. Nuestros lectores hallarán al pié de la mayor parte de los cuadros, un número grabado que corresponde con el del catálogo de 1787 donde se halla la esplicacion de los asuntos. Hé aqui los extractos del catálogo que pueden ser útiles para la comprensión de nuestro grabado:

M. VIEN. — N.º 1. La despedida de Hector y de Andrómaca.

N.º 2. Una mujer griega adornando con una corona de flores la cabeza de su hija antes de enviarla al templo.

M. DE LA GRENÉE. — N.º 5. Fidelidad de Dario. Alejandro irritado contra Betis, sátropa de Dario y gobernador de la provincia de Gaza, porque se atrevió á combatir contra él, y porque no quiso arrodillarse en su presencia le manda atar á un carro para arrastrarle alrededor de la ciudad de Gaza.

M. VINCENT. — N.º 40 (2). Reinaldo y Armida. Armida quiere darse la muerte.

M. DOYEN. — N.º 41. Prámo pidiendo á Aquiles el cuerpo de Hector.

M. DE LA GRENÉE. N.º 43. Ulises llega al palacio de Circe.

M. STYEL. N.º 16. El almirante Coligny imponiendo respeto á sus asesinos.

M. DE MACRY. — N.º 25. Vista de la demolición de la iglesia de los Santos Inocentes, calle de Saint-Denis.

Madama LEBRUN. — N.º 27. Retrato de la reina, con el duque de Normandía en las rodillas, acompañada del Delfín y de su hermana.

M. VIEN. — N.º 44. Safo cantando y acompañándose con la lira.

M. ROSLIN. — N.º 42. Retrato de M. de Crosne teniente general de policía.

M. ROBERT. N.º 51. Interior de la Iglesia de los Santos Inocentes al principio de su destrucción.

M. CALLET. N.º 83. El otoño, ó las fiestas de Baco que los romanos celebraban en el mes de setiembre.

Madama LEBRUN. N.º 98. Retratos de la señora marquesa de Pezéz, y de la señora marquesa de Rouget con sus dos niños.

Madama GUYARD. — N.º 109 (no está este número en el cuadro). Retrato de madama Elisabeth, apoyada en una mesa con diferentes atributos científicos.

N.º 120. (al lado del precedente, aunque está mas alto y es mayor.) Madama Adelaida que acaba de escribir un verso, que traducido dice lo siguiente:

Su imagen forma aun el encanto de mi vida

Debajo de unos medallones de bronce, representando al rey, á la reina y al Delfín. A su lado se ve el plano del convento de Versailles, que ella dirigió.

M. DAVID. — N.º 119. (debajo del retrato de madama Adelaida.) Sócrates tomando la cicuta.

M. REGNAULT. — N.º 120. El reconocimiento de Orestes y de Ifigenia.

M. LE BARBIER. — N.º 128. El valor de las mujeres de Sparta.

Entre los demas cuadros indicados en el grabado, y que no tienen número, se distinguen los siguientes:

Dos Marinas de José Vernet (una de ellas á la puerta de entrada cerca de un cuadro de David;—y un retrato de madama Lebrun, mirándose en un espejo encima de la otra Marina de Vernet.)

El cuadro de David fué el que mas llamó la atención aquel año; sin embargo, aunque no hubo nadie que pusiere en duda su prosperidad sobre todas las demas pinturas de historia espuestas, no por eso se libertó de los ataques de la critica. En la exposición precedente (en 1785, pues no habia exposiciones sino cada dos años), David presentó los Horacios, composición que lo elevó desde luego mas alto que todos sus rivales, incluso M. Vien, que era su maestro. Una enfermedad le impidió terminar para la exposición de 1787 su cuadro de París y Elena, en el que quiso fundir el estilo de Boucher su primer maestro y su pariente, con el de Vien y el de la grande escuela del Poussin, que adoptó definitivamente á su vuelta de Italia. En 1787, David tenia setenta y cinco años, y se hallaba rodeado de un gran respeto. Su vasto lienzo de la despedida de Andrómeca y de Hector fué alabado generalmente, aunque sin embargo se conocia que ya no se atreverán á compararle con su discípulo David.



ESPOSICION DE PINTURAS EN EL SALON DEL LOUVRE



EN 1787.—Dibujo y grabado de Martini.

GRAZIELLA.

POR

M. A. DE LAMARTINE.

(Véanse las págs. 184, 185, 194, 202, 213, 217 y 225.)

Contra su costumbre, no me dirigía una sola mirada. Llevaba con mano distraída los pedazos de pan á su boca, como quien quiere comer á la fuerza, pero no podía; el pan iba á parar debajo de la mesa. Antes de que la taciturna cena se concluyera, tomó el prestado de acostar á los niños; los encerró en su cuarto, y se quedó también en él dejándonos solos, y sin despedirse de ninguno de nosotros.

Cuando salió, pregunté á sus padres cuál era la causa de la triste que había caído en aquella casa, y entonces me contaron que el padre de Cecco había venido aquel día á pedir la mano de Graziella para su hijo; que aquello era una gran felicidad y una gran fortuna porque la familia de Cecco era rica; que Graziella que era tan buena, tomaría consigo y educaría á sus hermanitos como si fueran hijos suyos; que en su vejez ellos no tendrían que temer la miseria; que habían consentido gustosos en esa boda; que habían hablado de ello á Graziella, y que esta no había respondido nada por timidez y por modestia; que su silencio y sus lágrimas eran efecto de su sorpresa y de su emoción, pero que eso sería pasajero, y por último que el padre de Cecco y ellos habían resuelto que los desposorios se verificarían despues de las fiestas de Navidad.

Siguiéron hablando mucho mas aun, pero yo no les oía. Nunca me había dado cuenta á mi mismo del afecto que profesaba á Graziella. No sabía cómo la amaba: ignoraba si era pura intimidad, amistad, amor, costumbre, ó bien todos esos sentimientos reunidos; pero la idea de que iban á cambiarse tan subitamente todas las dulces relaciones de vida y de corazón que se habían establecido y como cimentado, sin saberlo, entre nosotros dos; el pensamiento de que me la arrebataban para darsela á otro, que iba á ser para mi extraña é indiferente, de mi compañera y hermana que era entonces; que se iría de allí; que ya no podría verla á todas horas; que no oiría su voz pronunciando mi nombre, que no volvería á ver en sus ojos ese rayo de luz cariñoso y tierno que me iluminaba dulcemente el corazón y que me recordaba á mi madre y mis hermanas; el vacío y las profundas tinieblas que me figuraba de repente en torno mio, en aquel mismo cuarto en que el día antes habría venido á buscarla su marido para llevarla á su nueva morada; aquel cuarto donde ya no volvería á dormir; el mio donde ya no entraría; aquella mesa á la cual no volvería á sentarse; aquella azotea donde ya no oiría los pasos de sus pies descalzos, ó el ruido de su voz por las mañanas cuando despertaba; aquellas iglesias donde ya no la llevaría los domingos; aquella barca donde su puesto estaría vacío, y donde yo no volvería á hablar sino con el viento ó con las olas; las imágenes de aquellos dulces hábitos de nuestra vida pasada que á la vez me subían al pensamiento y se desvanecían de repente como para sumergirme en un abismo de soledad y abatimiento, todo eso me hizo sentir por la primera vez lo que era para mi aquella jóven, mostrándome demasiado claro, que fuera amor ó amistad, el sentimiento que me unía á ella era mas fuerte que lo que yo creía, y que el encanto desconocido para mi mismo, de mi oscura vida en Nápoles, no era ni la mar, ni la barca, ni el humilde cuarto de la casa, ni el pescador, ni su mujer, ni Beppo,

ni los niños, era un solo ser, y desapareciendo este ser, la casa todo desaparecía á un tiempo. Quitáncela á ella en mi vida presente, no me quedaba nada. Yo conocí, y este sentimiento confuso hasta entonces, y que yo jamás me había confesado, me hirió con un golpe tal que todo mi corazón se estremeció, y experimenté alguna cosa del infinito del amor, por el infinito de la tristeza en la cual mi corazón se sintió de repente sumergido.

Entré silencioso en mi cuarto y me arrojé vestido sobre la cama. Quise leer, escribir, distraerme por medio de algun trabajo de cabeza capaz de dominar mi agitación, pero todo fué inútil. La agitación interior era tan grande que no podía concebir dos pensamientos, y aun el mismo abatimiento de mis fuerzas no me traía el sueño. Jamas se me había aparecido la imagen de Graziella tan encantadora y obstinada delante de los ojos. Me había recreado en ella como se recrea uno en una cosa que ve todos los días, y cuyo valor no se conoce hasta que se pierde. Aun su misma belleza no había sido nada para mí hasta aquel día; confundía la impresión que experimentaba con el efecto de la amistad que ambos nos teníamos. Ignoraba la admiración que había en mi afecto, y no sospechaba que pudiera haber la menor pasión en su ternura.

En las vueltas que dió mi corazón en el insomnio de aquella noche no pude darme cuenta de todo eso. Todó era compresión en mi dolor lo mismo que en mis pensamientos. Me hallaba como un hombre aturdido con un golpe recibido de repente que no puede decir lo que le duele, pero que padece en todo su cuerpo.

Me levanté antes de que se oyese ningun ruido en la casa. No sé que instinto me impelia á alejarme de allí durante algun tiempo, como si mi presencia hubiese debido turbar en aquel momento el santuario de aquella familia cuya suerte se agitaba de aquel modo en presencia de un extranjero.

Sali diciéndo á Beppo que no volvería hasta que pasaran algunos días, y tomé al acaso el primer camino que se me presentó. Seguí los largos muelles de Nápoles, la costa de *Ressina*, de *Portici*, la falda del Vesuvio. Tomé un guía en *Torre del Greco*, y dormí sobre una piedra, á la puerta de *San Salvatore*, allí donde concluye la naturaleza habitada, y donde principia la region del fuego. Como hacia algun tiempo que el volcan se hallaba en ebullicion y lanzaba á cada sacudimiento nubes cargadas de cenizas y de piedras que ótamós rodar por la noche hasta el barranco de lava que se halla al pié de la ermita, mi guía no quiso seguir mas adelante. Yo solo me atreví á ello: subi con mucho trabajo el último cono metiéndome de piés y manos en una ceniza espesa y ardiente que se abría y rodaba con el peso del hombre. El volcan mugía y tronaba por momentos: las piedras calcinadas y rojas todavía llovían al rededor de mí apagándose entre las cenizas. Pero nada fué bastante para detenerme, y logré subir hasta el último borde del cráter donde me senté. Allí vi salir el sol sobre el golfo, sobre la campifa, y sobre la esplendente ciudad de Nápoles, insensible y frio á este espectáculo que tantos viajeros acuden á admirar desde mil leguas. En aquella inmensidad de luz, de mares, de costas y de edificios bañados de sol, yo no miraba sino un puntito blanco en medio del verde sombrío de los árboles, á la estremidad de la colina del *Paustippo*, donde creía distinguir la choza de Andrés. Por mas que el hombre quiere abrir sus ojos en el espacio, la naturaleza entera no se compone para él mas que de dos ó tres puntos sensibles á los cuales va

siempre á parar su alma. Quitando de la vida el corazón que nos ama, que queda en ella?... Lo mismo sucede con la naturaleza: quitando el sitio y la casa poblada con nuestros pensamientos y recuerdos, no hay mas que un vacío brillante donde los ojos se sumerjen sin hallar fondo ni reposo. Así pues, debemos admirarnos de que las sublimes escenas de la creacion sean contempladas por los viajeros con ojos tan distintos? Cada cual lleva consigo su punto de vista. Una nube en el alma quita mas vista y color á la tierra, que un nublado entero en el horizonte. El espectáculo, está en el espectador; entonces me convení de ello.

Lo miraba todo, sin ver nada. En vano bajé como un insensato, sosteniéndome en las puntas de lava frias ya, hasta el fondo del cráter. En vano atravesé las grietas profundas de donde salían unas llamas y un humo que me ahogaban. En vano contemplé los grandes campos de azufre y sal cristalizados que parecían vitriqueleros coloreados por aquellos hálitos de fuego: tan insensible estuve para la admiración como para el peligro. Mi alma estaba ausente, y en vano la llamaba.

Por la tarde bajé á la ermita, despedí á mi guía, y me fui por las ruinas de Pompeya. Un día entero estuve paseándome por las desiertas calles de la ciudad enterrada. Aquella tumba, abierta al cabo de dos mil años, y descubriendo otra vez á la luz del sol sus calles, sus monumentos y sus artes, me dejó tan insensible como el Vesuvio. El alma de toda aquella ceniza fué barrida hacia tantos siglos por el viento de Dios, que nada me decía al corazón. Hollaba bajo mis piés aquel polvo de hombres en las calles de lo que había sido su ciudad, con tanta indiferencia, como si fuera andando por un monton de conchas vacías arrojadas por las olas del mar en una playa. El tiempo es un mar inmenso que arroja, como el otro, nuestros rostros. No hay lágrimas para todos; á cada hombre sus dolores, y á cada siglo su conmiseración, y ya hab bastante.

Al salir de Pompeya, entré en las gargantas de las montañas de Castellamare y de Sorrento. Allí viví algunos días, rodando de una aldea á otra, y pidiendo señas á los pastores para visitar los lugares de mas nombrada de sus montes. Muchos me creyeron un pintor que andaba buscando puntos de vista, porque de tiempo en tiempo escribía algunas notas en un album de dibujo que mi amigo me habia dejado; pero no era sino un alma errante que vagaba por los campos sin otro objeto que el de pasar las horas: todo me faltaba.

No pude seguir mas tiempo viviendo de aquel modo. Cuando pasaron las fiestas de Navidad, y tambien ese día de año nuevo que celebran los hombres como para seducir al tiempo con alegrías y coronas, me apresuré á volver á Nápoles, donde entré de noche y titubeando, entre la impaciencia de volver á ver á Graziella y el terror de adquirir la certidumbre de que no volvería á verla. Mas de veinte veces me detuve sentándome al borde de las barcas, cuando me iba acercando á la Margellina.

Encontré á Beppo á algunos pasos de la casa, y en cuanto me vió lanzó un grito de alegría y me saltó al cuello con la ternura de un hermano, llevándose luego hácia su barca para contarme lo que durante mi ausencia habia pasado.

Muchos cambios habia habido en la casa. Graziella no habia mas que llorar, desde que yo me fui; no se sentaba á la mesa con la familia, no quería trabajar en sus corales, y pasaba sus días encerrada en su cuarto sin responder cuando la llamaban, y sus noches paseándose en la azotea. Los vecinos decían que estaba loca ó *inamarrata*.

Todo el mal provenia, decia Beppo, de que querían casarla con Cecco, y que ella no quería; Beppino todo lo habia visto y oído. El padre de Cecco venia todos los días á pedir una respuesta á sus abuelos, y estos no cesaban de atormentar á Graziella para que diese su consentimiento. Graziella no quería ni que le hablaran de esto, añadiendo que sería capaz de escaparse á Génova. Para el pueblo católico de Nápoles, esa espresion equivale á decir: « Prefiero hacerme renegado. » Es una amenaza peor que la del suicidio: es el suicidio eterno del alma. Andrés y su mujer que adoraban á Graziella, estaban fuera de sí con su resistencia, y con la pérdida de las esperanzas que habían concebido respecto á ella. La conjuraban que accediese, por sus canas, y la hablaban de su vejez, de su miseria, del porvenir de sus dos hermanitos. Entonces Graziella se enternecía, y recibía un poco mejor al pobre Cecco que venia de tiempo en tiempo á sentarse humildemente por la tarde á la puerta del cuarto de su prima y á jugar con los pequeñuelos, dándola los buenos dias y despediéndose de ella á través de la puerta, aunque era muy raro que ella le respondiese una palabra. Cecco se marchaba descontento, pero resignado, y volvía al día siguiente á repetir la escena:

— Mi hermana hace muy mal, decia Beppino. Cecco la quiere tanto, y ademas es tan bueno! Estoy cierto que la haría muy dichosa. Por fin, esta tarde, añadió dejándose vencer por las súplicas de los abuelos y por las lágrimas de Cecco, ha entreabierto un poco la puerta para tenderle la mano: él la ha puesto un anillo en el dedo, y ella ha prometido que se desposarían mañana. Pero quién sabe si mañana la dará otra idea? Ella que era ántes tan dulce y tan alegre! Dios mio! qué cambiada está! No vais á conocerla.

Beppino se acostó en la barca, y yo entré en casa sabiendo ya por él lo que habia pasado.

Andrés y su mujer estaban solos en el *astrico*. Me volvíeron á ver amistosamente y me llenaron de tiernas reconvecciones sobre aquella ausencia tan prolongada. Despues me contaron sus penas y sus esperanzas relativamente á Graziella.

— Si hubierais estado aqui, me dijo Andrés, como ella os ama tanto y nunca os ha dicho que no, nos habríais ayudado: cuanto nos alegramos de volveros á ver! Mañana son los desposorios, asistiréis á ellos; vuestra presencia ha sido siempre para nosotros un presajio dichoso.

Sentí un estrechamiento en todo mi cuerpo al oír aquellas palabras, porque una voz me decía dentro de mí, que yo habia de causar su desgracia. Ardia en deseos y temblaba de volver á ver á Graziella: habia una voz á sus padres y pasó repetidas veces por delante de su puerta como una persona que no quiere llamar pero que desea que la oigan; pero Graziella permaneció sorda y muda, sin querer presentarse. Por fin se apoderó de mí esa especie de calma que produce siempre en un alma agitada la cesacion de la duda y la certidumbre, cualquiera que sea, aun la de la desgracia. Caí sobre mi cama como una masa inerte y sin movimiento, y eí cansancio de las ideas y del cuerpo me sumerjió prontamente en un letargo confuso, y despues en un profundo sueño.

Dos ó tres veces me desperté á medias aquella noche. Era una de esas noches de invierno siniestras en los climas cálidos y á orillas de la mar. Los relámpagos brillaban sin interrupcion á través de las rendijas de mi ventana; el viento mugía como una jauría de perros hambrientos, los golpes sordos de la mar sobre la playa de la Margellina, se oían en toda la ribera, como si hubiesen arrojado rocas enteras de granito en las aguas.